

Política y Estado

Emilio de Ipola

“¿Existe una reestructuración política del país y de la política de Estado?”.

El título de esta ponencia plantea una pregunta cuyos términos es preciso aclarar. Ante todo ¿qué significa “reestructuración”? El término “estructura” puede emplearse en sentido fuerte (como en matemáticas o en lingüística”) o en sentido débil, como cuando se habla de “la estructura social de la Argentina” para referirse al tipo de estratificación social o al peso relativo de las clases sociales en el país. Puede emplearse también para hablar de “la estructura de la Carrera de Sociología”, refiriéndose a su organización o a la cantidad y calidad de sus miembros. Puede emplearse, en suma, con un sentido débil. Este sentido débil, ampliamente dominante en Ciencias Sociales es el que utilizaremos aquí, porque es el que está implícito en la pregunta que se formula el título.

Y con ese sentido “débil” responderemos afirmativamente a los interrogantes incluidos en ella. La política está cambiando de estructura en el país, porque las líneas de fuerza que se van afirmando y otras, que sólo se perfilan, van paulatinamente poniendo fin a la antinomia peronismo vs. antiperonismo, van reforzando, disolviendo o creando nuevos partidos y opciones políticas, y revitalizando alternativas que parecían obsoletas –sobre todo, luego del triste papel de la Alianza. Entre ellas, la más visible es la categoría de “centro-izquierda”, que en poco tiempo ha vuelto a estar en boca de todos y ha servido para darle un nombre a esa reestructuración. La política del país se inclina, salvo excepciones no banales, hacia la centro-izquierda y también lo hace la política de Estado. La política de Kirchner es, aún con vacilaciones, una política de centro-izquierda. Ibarra es un hombre de centro-izquierda. La mayoría de los candidatos de Kirchner triunfaron en las elecciones. La mayoría de esa mayoría se identifica, al menos de palabra, con la “centro-izquierda”. Binner, sin ser kirchneriano, es de centro-izquierda. Carrió también. Y hay otros.

Pero –pregunta inevitable, siempre postergada– ¿qué es exactamente la “centro-izquierda”? No es fácil contestar positivamente a esta interrogación. Menos difícil es decir lo que la centro-izquierda *no* es. La centro-izquierda no es la izquierda; no pretende destruir, ni siquiera gradualmente, a las relaciones de producción capitalistas. Quiere más igualdad y más libertad para todos, quiere modernizar el país, disminuir drásticamente el desempleo y el subempleo, garantizar una vida digna a los jubilados; quiere la separación de poderes y la eliminación de la corrupción; quiere una Corte Suprema independiente e idónea; quiere una democracia más transparente y menos desnaturalizada por la inequidad económica, los bombardeos publicitarios de los *mass media* y los caprichos de los gobernantes y legisladores. Quiere un país culturalmente rico. Quiere el desarrollo de la producción nacional y mayor autonomía frente a los centros de poder. Quiere estar en condiciones de afrontar la globalización sin oponerse a ella como a un demonio, pero evitando que ella apareje consecuencias negativas y procurando retener las consecuencias positivas que conlleva.

No quiere “romper” con el mundo desarrollado, pero tampoco inclinarse ante sus mandatos. No quiere abolir la propiedad privada de los medios de producción, aunque sí controlar su uso, estén éstos en manos privadas o en manos del Estado. La centro-izquierda es pluralista, tolerante en materia de credos, sensible a las demandas de igualdad ante los problemas de género (feminismo) y contraria a toda discriminación sexual –y de cualquier tipo.

Es así como la centro-izquierda se define y define lo que *quiere*. Pero sería insensato dejar de reconocer que quizás no pueda hacer lo que pretende. Que sectores más fuertes la derroten o hagan fracasar o que ella misma caiga víctima de sus errores (de sus efectos o de sus excesos). El mapa político del país, sin embargo, marca una tendencia enraizada en las clases medias y populares; una tendencia fuerte, sólida, que no parece dispuesta a renunciar a sus objetivos. Conviene aquí cuidarse de las profecías. Pero quienes no concuerden con la injusticia, la impunidad y la pobreza reinantes y también

quienes rechacen el uso de la violencia como medio idóneo para hacerse del poder e imponer una dictadura (aunque se autodenomine “dictadura del proletariado”), pueden quizás hacer algo para que la centro-izquierda tenga, como ahora tiene, una existencia menos simbólica –lo que no quiere decir “irreal”– y más palpable. Lo cual, para emplear el vocabulario de Maquiavelo, depende sin duda de nuestra “virtù”, pero también de una considerable cuota de “fortuna”.

En fin, como dije antes, la centro-izquierda permanece dentro los marcos de las relaciones de producción capitalistas. Pero, por una parte, una sociedad no se agota en las relaciones de producción en ella vigentes (la cultura de centro-izquierda no es capitalista; los centros de salud a cargo del Estado tampoco lo son; la Universidad –¡*horresco referens!*– tampoco lo es). Y, por otra, una experiencia de centro-izquierda bien encaminada quizás sea un piso desde el cual forjar una democracia radical no capitalista. Quizás.